

los demás hombres me causaba gran desagrado." Hacia tanta estima de los sacerdotes, que añadía: "Aunque yo viera con mis propios ojos á un sacerdote caer en alguna falta, ántes que creerla, creería que mis ojos me engañaban (1)."

Oigamos ahora á un apóstol de las islas Gambier: "Estaba yo un día sentado en una peña en lo hondo de un ancho valle, ocupado en instruir algunas personas de edad algo avanzada. Advirtieron algunos isleños que hacia ya mucho rato que estaba yo allí, y formaron juicio de que debía tener hambre; por lo cual enviaron de prisa un muchacho á que cogiera un coco. Era el muchacho de poca edad y los cocos muy altos. Imaginad un madero completamente recto en cuya parte más alta se abre en forma de quitasol un gran ramillete de hojas de quince piés de longitud. Los buenos salvajes me dirigieron la palabra diciendo:

"Ruega, padre, ruega porque el niño no caiga y se mate. Cuando el coco estuvo preparado, me lo presentaron diciendo: "Padre, en donde quiera que te encuentres, si tienes hambre, dí: Tengo hambre, y nosotros te daremos de comer."

"Me es imposible dar una idea del respeto que nos tienen y de las atenciones que nos prodigan. A la menor palabra que digamos, todos se afanan por complacernos. Si tenemos necesidad de ir de una isla á otra, los remeros están siempre dispuestos á conducirnos. Si les hacemos reparar que el viaje tendrá que durar algunos dias y que tememos serles molestos: No, no, responden, habla, padre, habla y ejecutaremos. Esta deferencia por parte de nuestros neófitos, es el efecto natural del amor filial con que corres-

1. In *Vita*.

ponden al amor verdaderamente de padres que nosotros sentimos hacia ellos (1).

Estas demostraciones no son pura fórmula. Mirando con razon al misionero como su padre y mejor amigo, los nuevos cristianos saben, cuando hay necesidad, imponerse en favor de él los mayores sacrificios. "Dos misioneros del Tong-Kin se encontraban reunidos en una casa; llegó esto á oídos de sus perseguidores. Al punto se presenta la autoridad local, seguida de tres satélites armados de palos. ¿Quién sois? preguntó al padre Lac, que fué el primero á quien encontró, ¿sin duda sois un maestro de religion? Y sin aguardar respuesta: ¿Dónde está el jefe de los cristianos? dijo entrando en el presbiterio para arrestar al padre Thi. Se exhortaba á Andrés Lac á que huyese; pero el santo misionero, inmóvil y resignado, se contentó con responder: ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Si quieren prenderme, será esta la segunda vez que soy cautivo por Jesucristo.

"El jefe mandó á los dos confesores entrar en su barca y se los llevó á su morada. Algunos cristianos iban detrás, suplicándole que soltara á sus inocentes prisioneros.—Consiento en ello, les dijo, con tal que me traigais seis barras de plata. Al momento, los buenos neófitos regresan á sus casas, vacian sus bolsas, piden prestado á sus vecinos y vuelven con todo lo que pudieron recoger, que consistia en sesenta objetos de su uso, á más de tres grandes marmitas, lo cual valia casi las dos terceras partes de la suma exigida.—Ved todo lo que poseemos, exclaman, depositando su tesoro á los piés del jefe: devolvednos por lo ménos al padre Lac. Les devolvió los dos, y nuestros cristianos se retiraron muy gozosos por haber salvado á sus pastores, á costa de su fortuna (2)."

1. *Annales de la Propag.*, &c., n. 56, p. 195, an. 1838.

2. *Annales de la Propag.*, &c., n. 85, p. 412, an. 1842.

El Espíritu de piedad, hemos dicho, hace que el corazón se dilate en efusiones de caridad para con el prójimo. Agapes, cuidado de los pobres y enfermos, advertencias caritativas, todas las maravillas que obraba entre los primeros cristianos, las renueva entre los idólatras nuevamente convertidos. Pasemos en silencio todas las obras de misericordia corporal, para citar un rasgo de misericordia espiritual. La persecucion se enseñaba en el Tong-kin. Un anciano de sesenta y nueve años fué reducido á prision con gran número de cristianos. Entre estos últimos se hallaba su yerno, jóven que estaba en la flor de su edad. Este buen anciano que temblaba algunas veces á vista de la muerte, debió su invencible valor á las exhortaciones del yerno.

“Padre mio, le decia este, considerad la edad que teneis. Dos géneros de muerte se ofrecen á vuestra vista; la una natural, cuyas consecuencias son dudosas; la otra impuesta por los perseguidores, con la eterna felicidad por recompensa. ¿Cómo vacilar en una eleccion, donde es tan fácil de conocer el mejor partido? Si fuera permitido lamentarse por la vida en estas circunstancias, estuviera bien esto en mí que soy jóven y vigoroso; y sin embargo, veis que la abandono alegremente por Dios. Dejo á mi esposa en la flor de su edad con cuatro niños que no pueden ganarse el sustento; pero Dios que me los ha dado, sabrá proveer á sus necesidades. ¿Os espanta el dolor que han de producir los varazos? No temais nada de esto, padre mio; yo recibiré en vuestro lugar todos los que los mandarines os impongan; estemos, pues, animosos y contentos.

“Cuando los jueces ordenaron los azotes, el admirable jóven se tendió en tierra para recibir desde luego los que le tocaban; y cuando se preparaban á varear á su padre, se levantó ensangrentado y dijo á los mandarines: Mi padre es

anciano y débil; yo os ruego que tengais piedad de él y permitais que sea yo azotado en su lugar. Entonces se tendió de nuevo ante los mandarines y sufrió con heróico valor una segunda flagelacion.

“Al mismo tiempo que el futuro mártir animaba á su suegro, recibia él mismo de parte de los suyos excitaciones de valor y muy dulces consuelos. Fué á verla muchas veces su esposa, llevando al pecho al más pequeño de sus hijos, y le exhortaba á no pasar pena por ella y á que estuviese tranquilo por la suerte de sus cuatro hijitos; añadiéndole que aun cuando se quedase sola, esperaba con la gracia de Dios, poder criarlos y educarlos. Verdaderamente esta mujer fuerte mostró ser digna esposa de un mártir, y su hija ser digna de tal madre. Esta niña de once años, se escapó furtivamente un dia de la casa paterna para ir á ver al santo confesor en su prision. Anduvo sola media jornada de camino, atravesó sin temor por entre soldados y guardias, y penetró hasta donde se hallaba su padre, al que animó á morir antes que pisar la cruz. Algunos dias después los valerosos atletas recibieron la corona del martirio (1).”

En órden ascendente, el tercer don del Espíritu Santo es el de ciencia. Este nos enseña á hacer la mayor estima de nuestra alma y de la del prójimo. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si llega á perder su alma? Esta verdad capital se confirma por los actos de la bienaventuranza. Los siglos cristianos han producido en un solo dia más afirmaciones heróicas de este género, que el mundo pagano en dos ó tres mil años. Lo que se verificó, verificándose continúa.

“En Francia, escribe un misionero de la China, causaria más que asombro el ver á pobres enfermos, á quienes no

1. *Annales de la Prop.*, n. 73, p. 518, an. 1840.

quedan más que dos ó tres dias de vida, venir embarcados desde quince, veinte, treinta leguas, para recibir los últimos sacramentos. Pero aquí esto es lo ordinario. En un solo dia me trajeron nueve de diferentes lugares á la misma capilla, la cual quedó convertida en un verdadero hospital. Los confesé, les di la Comunión y á la mayor parte de ellos la Extremaunción, enviándolos á todos llenos de consuelo y quedándome tan contento como nuestros buenos neófitos. ¿Qué dirían de esta piadosa costumbre los cristianos indiferentes de Europa, mucho más si se añade que estos heroicos fieles mueren con bastante frecuencia en sus barcas á mitad de camino?

“Sucedió há pocos dias, un hecho curioso que os hará admirar más y más la fe de nuestros cristianos. Habia sido yo llamado por un enfermo que se hallaba en uno de los extremos de mi distrito. Despues de la misa, ví entrar dos mensajeros que me suplicaron fuera á visitar á otro enfermo de una cristiandad que distaba diez leguas: al punto me puse en marcha con ellos. Yendo de camino, encontramos una barca en la cual iban algunos fieles que me traian otro enfermo. Como no reconociesen al barquero que me conducia, continuaron dirigiéndose hácia la parroquia que yo acababa de dejar, en tanto que iba á otra vecina á la suya. Estas pobres gentes, despues de haber remado todo el dia, llegan, por fin, de noche y muy cansados. No encuentran al misionero: ¿qué harán? Vuelven á ponerse en camino, esperando reunirse conmigo antes de mi vuelta; nuevo chasco; yo me habia internado más, despues de haber celebrado la santa misa; por fin, nuestras barcas se encontraron, y esta vez se conocieron unos á otros los barqueros.

“El enfermo me causó más lástima que sus acompañantes. No pudiendo volver atrás, le ofrecí confesarlo en su mi-

serable barca y administrarle despues la Extremaunción. Pero este valeroso hombre me contestó que hacia mucho tiempo que no habia tenido la dicha de comulgar, y que puesto que estaba conmigo, no me abandonaria antes de ser fortalecido con todos los sacramentos. Tuvo, pues, que volver á nuestra capilla y hacer conmigo un viaje de ocho leguas (1).”

En el mismo grado de estima que la nuestra, pone el don de ciencia el alma de nuestros prójimos; sobre todo de aquellos que nos están unidos por los lazos de la sangre. En tanto que hoy entre los cristianos degenerados de la vieja Europa, el matrimonio no parece ser para los esposos más que una escuela de reciproco escándalo, una sociedad para condenarse mutuamente; entre los fieles nuevamente convertidos, el gran cuidado del marido es la salvacion de su mujer, y reciprocamente. Gracias al Espíritu de ciencia, comprenden cuán miserable es la union por algunos dias, union que la muerte deberá romper para siempre ó hacer eternamente desgraciada.

“En el año de 1840, fué encarcelado en el Tong-kin occidental un virtuoso padre de familia, llamado Martin Tho. A contar desde el dia de su arresto, no pareció preocuparse más que de su sacrificio, bien que dejaba una esposa y ocho hijos. Esta admirable familia animada toda del espíritu de su jefe, lejos de procurar abatir su valor, hacia votos por que permaneciese fiel.

“Cuatro ó cinco dias despues que les hubieron arrebatado al padre, pidieron permiso los hijos á su madre para ir á verlo á la prision.—Hijos míos, les dijo ella, vuestro padre está sobre el campo de batalla y no se sabe todavía si será bastante dichoso para confesar el Evangelio. La sola idea

1. *Annales*, &c., n. 116, p. 53, an. 1848.

de los tormentos que se le preparan, es ya una buena prueba sin que vayais vosotros á aumentársela. Si vais á visitarlo, puede ser que la vista de sus hijos y el recuerdo de su casa le causen una emocion funesta para su fe; puede ser que su ternura hácia vosotros le haga olvidar la gloria que le espera. Sin embargo, si alguno de vosotros quiere penetrar en su prision, yo no me opongo á ello, con tal que vaya ántes á consultarlo con el catequista del gran padre Doan; si él accede á vuestra demanda, la confirmo; si la encuentra imprudente, no vayais."

"Pero cuando se supo que el santo confesor habia triunfado de todos los tormentos, la buena madre dijo entonces á sus hijos: Vuestro padre ha confesado gloriosamente, por la gracia de Dios, el nombre del Señor; así marchad á verlo, consoladlo en sus penas y animadlo á padecer por el amor de Dios. Al momento parten los dos hijos mayores, un hijo y una hija; el héroe cristiano los estrecha entre sus brazos y les dice: Hijos míos, vuestro padre va á morir muy pronto. La última recomendacion que os hago y que vosotros hareis en mi nombre á todos vuestros hermanos, es que os acordeis de que no teneis más que una alma; pedid á Dios que os dé la gracia de permanecer fieles á vuestra religion; sobre todo, conservaos puros del contagio del mundo (1)."

La fortaleza es el cuarto don del Espíritu Santo; obrar y sufrir con sus dos objetos. Se manifiesta por la cuarta bienaventuranza, es decir, por actos de firmísimo amor para

1. *Annales*, etc., n. 83, p. 263, an. 1842. Los preciosos *Annales de la Prop. de la Fe* están sembrados de ejemplos que prueban cómo nuestros nuevos hermanos del Asia, del Africa y del Oriente poseen la plenitud del don de ciencia, aplicado, ya al desprecio de los falsos bienes, ya á la estima de la pobreza, ya al discernimiento de la verdad y del error; dando todo por resultado la firmeza en la fe y la concordia de las familias

hacer que reine la justicia, expulsar á Satanás de los dominios que ha usurpado, y establecer el reinado del Verbo encarnado, ya en nosotros mismos, ya en los demás. Como ejemplo de empresa heroica, no sé que haya nada que pueda compararse á la manera como penetró uno de nuestros misioneros en la Corea, península que es casi una isla.

Hacia muchos años, que el sacerdote Maistre intentaba en vano entrar por mar ó por tierra en este país idólatra. Desauiciado enteramente, no por esto se desanimó, sino que concibió el audaz proyecto de hacerse arrojar en la costa con un anciano guia, y esperar del cielo el éxito de su generoso deseo. Pero era más facil concebir este plan, que ejecutarlo. A falta de junco ó navío, se necesitaba una barca y no la habia; un piloto y no se encontraba. Solicitó con instancia á hombres que se tenian por intrépidos, y no pudo conseguir ni piloto, ni barca. Lejos de desmayar, el misionero redobló su confianza en Dios y no quedó defraudado.

En medio de esta defeccion universal, un padre jesuita, misionero en la China que poseia algunos conocimientos de náutica, vino á ofrecérsele de piloto. Llegó á encontrarse tambien un pequeño junco pagano y algunos remeros. Para proteger en cuanto era posible la pequeña expedicion, el cónsul de Francia en Chang-Hai encargó al padre Helot, erigido en comandante de la flota, la comision de visitar los restos del naufragio de un buque frances que encalló en las costas de la Corea. Todo así organizado, el pequeño junco levó su ancla de madera, desplegó sus velas de paja, y comenzó á navegar ligero por el mar Amarillo hácia la isla, desconocida del campo frances. Apenas habia entrado en alta mar, cuando se levantó repentinamente una furiosa tempestad. Era Satanás quien la suscitaba para impedir el efecto de tan santa empresa. Largo tiempo luchó la em-

barcacion contra las olas que, con horrible mugir se amontonaban sobre ella para detenerla en su camino y engullírsela. Despues de inútiles esfuerzos, hubo que virar de bordo é ir á buscar abrigo detrás de una isla cercana.

Este fatal contratiempo, en vez de concluir con el valor de los dos misioneros convertidos en pilotos, aún se les aumentó. Pasados que fueron dos dias, volvió á desplegar sus velas la frágil embarcacion. Ya habian perdido de vista la costa y era prudente asegurarse de la direccion que habian de seguir. Se consultaron los instrumentos y no dieron indicaciones ciertas. Al cabo de ocho dias no se habia presentado sobre el horizonte cosa alguna que pudiera alegrar las miradas inquietas de los intrépidos navegantes. En fin, al noveno dia, se encontraron delante de un pequeño grupo de islas, hácia el cual dirigieron con alegría la embarcacion. Los misioneros bajaron á la ciudad edificada sobre la costa, para entablar conversacion con sus habitantes.

Cuando he aquí que llega el mandarin del lugar á hacer á los extranjeros embarazosas preguntas; se le invitó á pasar á bordo. El padre Helot que desempeñaba las funciones de piloto, de capitan y de encargado de negocios, se apresuró á tomar él primero la palabra y á presentar sus cartas al mandarin, suplicándole le indicase el lugar del naufragio.

El astuto magistrado rehusó contestarle. Se le habló de marcharse, y apenas volvió las espaldas, se pusieron á la vela.

Con permanecer algunas horas, hubieran comprometido el éxito de su empresa.

Tras de una navegacion verificada en medio de peligros de todo género, descubrieron el punto deseado para el desembarco. Así que hubo llegado la noche, el sacerdote Mais-

tre se apresuró á ponerse el pobre traje propio de la Corea, en medio del religioso asombro de la pequeña tripulacion; despues de lo cual, bajó con su viejo guía á una pequeña canoa que llevaba por mastil una caña de bambú y una estera por vela. Echándose á la espalda un lio de las cosas más necesarias, el intrépido misionero comenzó á subir por las escarpadas sendas de las montañas, detrás de las cuales desapareció bien pronto, para exponer su vida á los inminentes riesgos de apostolado (1).

Es un valiente el que arrostra la muerte sobre el campo de batalla, por más que esté rodeado de millares de hombres que la arrostran igualmente, y vaya pertrechado de todas las armas necesarias para defenderse. ¿Pero qué nombre daremos á aquel, que solo y sin armas, va á desafiar el peligro cierto de morir en medio de un pueblo entero para el cual será alegre fiesta inmolarlo y gozarse en su suplicio? Solo el Espíritu de fortaleza puede obrar un prodigio semejante.

Buena prueba es de ello, el que no lo vió nunca el antiguo mundo pagano, como tampoco el cisma ni la herejía. Sufrir es mucho más heróico todavía, siendo esto tambien un nuevo milagro del Espíritu de fortaleza. Refiramos solamente dos ejemplos de esta fortaleza sobrehumana en las pruebas y en medio de las más violentas tentaciones.

“Sucedió en Cochinchina, que dos jovencitas hijas de un cristiano llamado Nam, la una de catorce años y de diez la otra, habian sido conducidas á la prefectura juntamente con su madre, su padre y su abuelo. Como rehusaran apostatar, ordenó el mandarin que les golpearan los piés y las piernas, para hacer que avanzasen y pisaran la cruz. A pesar de es-

1. *Annales*, n. 148, p. 233, y sig., año de 1853.—El sacerdote Maistre llegó á ser uno de los mártires de la Corea.

te cruel suplicio quedaron defraudadas las esperanzas del mandarin.

“Las dos niñas se dejaron magullar horriblemente, antes que dar un paso hácia adelante. Llevadas y colocadas á la fuerza sobre el instrumento de su salvacion, no cesaban de protestar contra la violencia que se les hacia; y se defendian de esta profanacion involuntaria por medio de actos del más profundo respeto. El juez no pudo ménos de admirar su valor, y colmándolas de elogios las volvió á enviar con su madre (1).”

El Espíritu de fortaleza que hace dos heroínas de estas dos niñas Annamitas, naturalmente tan tímidas, obra el mismo milagro en China. Véanse algunos detalles de la constancia de que dió pruebas en la persecucion una jóven China llamada Ana Kao. Sorprendida en el momento de estar entregada á sus oraciones, fué presa por los satélites que le propusieron elegir entre la apostasia y la muerte. No dudó ni siquiera un instante, y les respondió con firmeza que preferia morir. La condujeron, pues, al tribunal de los grandes mandarines. Estos le mandaron ponerse de rodillas sobre una cadena de hierro; dos soldados desenvainaron sus espadas y se las pusieron al cuello para asustarla. En esta actitud se le mandó insultar á la cruz y resistió á esta nueva prueba con igual constancia.

“Entonces los mandarines, que sabian estaba extenuada de hambre, hicieron que le presentasen alimentos y le dijeron que comiera en señal de apostasia. Ella les contestó al punto: “Si comer es á vuestros ojos una apostasia, yo os declaro que moriré de hambre, antes que tomar el más pequeño alimento; pero si no veis en ello más que una accion ordinaria é indiferente, comeré.” Confundido el mandarin,

1. *Annales.*, n. 73, p. 555, an. 1840.

le dijo encolerizado: *Eres una testaruda; come de la manera que te agrada.*

“La mujer y la hija del mandarin movidas á compasion hácia la vírgen cristiana, unieron sus instancias á las de los jueces, y le exhortaron vivamente a renunciar á la fé; pero ella resistió á esta nueva tentacion, como habia resistido á las amenazas. Conducida á la capital, continuó sosteniendo los mismos combates y siempre con una constancia inquebrantable. Todavía sigue presa (1).”

Al lado de semejantes pruebas ¿qué otra cosa son las nuestras sino juegos de niños? Si sucumbimos, es porque nos falta el don de fortaleza. Cuando habita en una alma, obra lo que acabamos de admirar y lo que dice un piadoso escritor: “La madera unida con cola fuerte, primero se rompe por otra cualquier parte que por la apegadura. Lo mismo sucede, Dios mio, con el alma unida á Vos por el don de la fortaleza, testigos son los mártires. Más difícil era apartarlos de vuestro amor, que separar el pié de la pierna y la cabeza del cuello. El temor habia formado en ellos esta doble cadena de amor que no era fácil romper. Os amaban con todo su corazon, de todas veras; con toda su alma, sin ningun género de resistencia; con todo su espíritu; sin olvidaros ni por un solo instante. Señor, concededme un amor semejante, á fin de que yo jamás me separe de Vos (2).”

1. *Annal.*, n. 76, p. 261, an. 1841.

2. *Idiotæ contemplat.*, c. xiv.